

**El primer siglo de nuestra emancipación política
y nuestra evolución médica.**

SEÑORAS:

SR. PRESIDENTE:

SEÑORES:

La Academia N. de Medicina de México, en esta solemne velada que respetuosamente dedica á celebrar el primer Centenario de la iniciación de nuestra Independencia, me honró confiándome una grata cuanto difícil labor. Se deseaba que en este mal pergeñado discurso, hilvanado por orador ramplón pero obediente, entraran en patriótico consorcio la árida ciencia que en-

tre nosotros honraron los Jiménez y los Lucios, y los vibrantes ecos de los cantos entonados en honor de los héroes que se sacrificaron por darnos Patria, cantos que durante el mes del Centenario han repercutido por todos los ámbitos del territorio y aun franqueado sus fronteras, provocando memorables galanteerías internacionales y apagando quizás los postrimeros rescoldos dejados por añejas rencillas.

Antes de intentar establecer ese consorcio deseado, permítaseme reseñar muy brevemente el fausto suceso que en estos días ha puesto en ebullición los sentimientos patrios, su origen y sus consecuencias, desnudas ya del ropaje fantástico con que las revistiera el *chauvinisme* de actualidad.

En las postrimerías del siglo XV, un marino tenido por visionario quiso descubrir las tierras ignoradas que mantenían el equilibrio de nuestro planeta. Aquel soñador encontró á un monje creyente y á una noble matrona idealista, que lo consolaran de los desvíos que las naciones en coro hicieran al sublime *loco* ofrecedor de un hemisferio. La clarividencia de Marchena y el idealismo de la excelsa soberana Católica, dieron alas al genio de Colón y lo trajeron á estas playas americanas. Isabel recibió en cambio de sus esmeraldas, exhuberantes selvas tropicales, y sus diamantes trocáronse en caudalosos ríos. En dos años libertó á su patria del yugo sarraceno; forjó las cadenas que en su larga prisión arrastraría el intrépido navegante, y las que durante más de tres siglos habrían de esclavizar á los pobladores del nuevo continente.

Del grupo de aventureros hispanos cuya ansia de conquista fué mal..... ó bien de la época, se destacó nuestro conquistador Cortés, el osado subyugador del Aguila de Anahuac. Los buscadores de oro explotaron á nuestros abuelos indígenas durante 300 años, pero mezclando su íbrida sangre hidalga con la purísima de los mexicanos primitivos. El mestizo se unió al blanco para reforzar su dominio, y la raza conquistada gimió bajo el peso doble del criollo olvidadizo y del soberbio europeo, guiados por los prejuicios y por el implacable egoísmo de las razas que se consideran superiores.

Los criollos de la época colonial recibieron beneficios de los civilizadores de Nueva España, mas de los indios esclavizados pocos alcanzaron igual fortuna, y eso, gracias á aquel puñado

de heroicos frailes, verdaderos apóstoles de la religión del socialista de Judea, no influenciados aún por los Torquemadas de ese siglo. Angeles tutelares fueron estos sacerdotes de las víctimas indefensas de los atroces "crímenes del tiempo."

La falange de mestizos fué en aumento, y en sus cerebros tenían que titilar los primeros albores de independencia. Las vagas ideas de patria, adormecidas en el atrofiado intelecto del indio esclavo, tenían que despertar inconcisas, pero avasalladoras, al conjuro de un fanatismo exaltado para redimir, oponiéndose al fanatismo secular que había sido arma de dominio y disfraz cristianizado de la salvajez idólatra. El pueblo que dobló la cerviz ante la Cruz de D. Hernando, potente la irguió para seguir el estandarte de la Guadalupana á los campos de la santa insurrección. El inmortal sacerdote de Dolores, el autorizado para llamar á misa, fué oído cuando repicó para congregar á sus feligreses ante el altar de la embrionaria nacionalidad, administrándoles el pan eucarístico de la Independencia.

Tras once años de acerbos luchas se hizo autónomo, que no libre, un pueblo infantil casi en su totalidad, dispuesto á ser guiado por unos cuantos compatriotas elevados sobre el nivel general. Estos reemplazaron á los despojados del ya caduco derecho de conquista. El látigo del amo y el escapulario del mal cura siguieron fustigando las espaldas y rodeando el cuello del indio liberto. Utilizados sus servicios en los progresos agrícolas é industriales implantados en el país durante el vertiginoso adelanto de nuestro primer siglo de emancipación, poco avanzaba en cambio hacia el conocimiento siquiera rudimentario de sus deberes de ciudadano, existiendo entre él y las clases superiores la barrera de su crasa ignorancia. Vegetando en la obscuridad más completa, sin nociones de propia conservación, analfabeta privado de la luz que irradia de los caracteres de imprenta, con el exiguo bagaje del hombre de las selvas tenía que vivir y luchar en las grandes fábricas ó en las ciudades modernas. Pobre de cuerpo y de espíritu, era presto vencido en la ingrata brega.

Alguno, sin embargo, debía vencer, alzarse gigante contra la injusta opresión que agobiaba á su raza, afianzar la abolición de los fueros militar y eclesiástico, hacer que, amparado por las Leyes de Reforma, todo mexicano pudiera llegar al pináculo de la libre ciudadanía sin restricciones. Juárez hizo posible el per-

feccionamiento de la obra de Hidalgo; la redención de los verdaderos dueños del venerado suelo patrio.

Pero ni Hidalgo ni Juárez pudieron distraer sus energías de sus fines, aunque grandiosos, simplemente preparatorios. El espíritu revolucionario, exaltado por la ambición de aspirantes á caciques, fácilmente servidos por turbas inconscientes, impedía al Gobierno dedicarse al cultivo físico é intelectual de las generaciones destinadas á crear la patria mexicana del porvenir. La Independencia en peligro ó la Reforma mal interpretada, necesitaban descansar sobre un pedestal invulnerable, contar con ciudadanos dignos de sus sabias leyes, y en los últimos 30 años se ha erigido el pedestal, la dignificación de los ciudadanos es obra ya que toca á su fin: la Paz porfiriana, época tercera de la historia de México libre, es el pedestal deseado de nuestra Independencia definitiva, sustentando al robusto hijo de Anáhuac moderno, vigorizado de cuerpo y espíritu antes que la Nación cumpla su primera centuria. Ese será el próximo coronamiento de la grandiosa obra patriótica de nuestro insigne gobernante General D. Porfirio Díaz.

Las Leyes de Reforma puede decirse que nos emanciparon efectivamente de nuestra madre España. La República de los caciques revolucionarios fué mucho tiempo hija, rebelde si se quiere, de la vieja España inquisitorial. Hoy, la República de Juárez y Porfirio Díaz es la hermana mayor de la novísima España de Canalejas.

*
* *

De estos acontecimientos ha nacido un pueblo libre, que acaba de festejar la primera centuria de su primer vagido.

Nuestra ciencia ha desempeñado culminante papel en el adelanto nacional que orgullosos hemos ostentado. Cumpliré fielmente mi misión, me dije, poniendo de relieve lo que en México han hecho los médicos, con la abnegación característica del gremio, mientras nuestros hermanos se diezmaban en guerras intestinas; mientras la política de evolución los distraía, y luego, en estos últimos tiempos, mientras algunos se afanaban por dar brillo á nuestra patria en sus distintas esferas de acción y muchos se dedicaban á cubrir sus personas de falsos resplandores.

El asunto era tentador, pero la tarea de bucear en nuestros archivos profesionales para sacar triunfante á la superficie algo nuevo, algo que no flotara ya en el tranquilo mar laudatorio con que la posteridad ha venido á acariciar las plantas de los conspícuos galenos cuyas severas efigies son el mejor ornato de nuestra Escuela N. de Medicina, de los salones de la Academia y demás Sociedades Médicas; la de no repetir los eruditos panegíricos con cuya lectura el Dr. Troconis Alcalá, en pasada sesión solemne, nos hizo arrodillar ante la augusta memoria de los padres de la medicina nacional, casi todos sacerdotes de sublime caridad, paladines, los más, de la ciencia consoladora; tarea es ésta, digo, imposible, porque la gratitud y el patriotismo han arrancado ya á esos venerables archivos todos sus secretos; porque nuestro consocio el sabio historiador médico es el digno monopolizador de estas útiles enseñanzas de alta moral médica retrospectiva, y, por último, porque las huecas declamaciones impresionistas cuadran mal con las austeras figuras que honra y prez han dado á nuestra patria Escuela. Esos hombres tienen sus modestos altares en las academias donde resplandecieron, en los libros en que encerraron sus tesoros. Para ellos la plaza pública, la piedra, el mármol ó el bronce, serán oportunos cuando el vulgo ya ilustrado sepa conocerlos y apreciarlos.

Durante el primer siglo de vida propia, el México comercial, el agrícola, el industrial, el artístico y el científico, han avanzado con paso torpe y vacilante, primero, luego con marcha firme y progresivamente acelerada hacia la meta que esta generación ya vislumbra. Todos los problemas de salubridad pública están ya científicamente resueltos; algunos sólo esperan que desaparezca el obstáculo material, el humano tropiezo financiero, hoy por fortuna insignificante para nuestro erario nacional, pactolío en que brillan un talento, muchas honradeces disciplinadas y unos cuantos millones de áureas monedas. Algunas de éstas han servido ya para aliviar las pésimas condiciones higiénicas aniquiladoras del bajo pueblo citadino, morador de cuartuchos infectos, engullidor de *tacos* rellenos de desperdicios de carnicería y trasegador del inmundo jugo que ni la Conquista, ni la Independencia, ni la Reforma, ni la Paz, han alejado de sus fauces siempre ávidas del *ancestral* hediondo veneno.

Pasmados han de quedar hoy los higienistas supervivientes

de mediados del siglo XIX, al contemplar los adelantos actuales en la ciencia de prevenir las enfermedades, con sabiduría y perseverancia introducidos á nuestro medio, no sin reformas y convenientes adaptaciones dictadas por los bastos conocimientos y el buen criterio de los especialistas oficiales. No es mi voz la autorizada para encomiar estos eminentes servicios prestados á la patria por el Dr. Licéaga (el nombre obliga, Sr. Presidente del Consejo S. de Salubridad) y por sus ilustrados colaboradores. El anhelo porque nuestro Código Sanitario, prototipo entre los más completos y previsores mandamientos de la higiene de la colectividad, sea cumplido á pesar de la indiferencia con que nuestras masas ignaras ven todo lo que tiende á mejorar su prosperidad física y moral, á asegurar su viabilidad, á modificar las influencias perniciosas creadas por el moderno *struggle for life*, es noble anhelo que merece bien de la patria.

El impulso higiénico que México ha recibido de 1810 á la fecha, patente se ha visto en la Exposición Popular que el Consejo ha presentado en el mes del Centenario. Nuestros artistas regionales, cerámicos hábiles, miniaron, digámoslo así, nuestras inmensas obras de saneamiento, y el público beneficiado pudo contemplar, exhibidas en varios salones, las complicadas armas que lo defienden contra las infecciones mortíferas. Oír pudo también las explicaciones relativas con que lo ilustraron oradores técnicos tan competentes como los Dres. Licéaga, Ruiz, Orvañanos, Ramírez de Arellano y González Urueña; los Ingenieros Quevedo, Gayol, Ibarrola y Marroquín y los Profesores Morales y Gómez. Se hizo la historia de las conquistas que la Salubridad Pública realizó desde que fué encomendada á los hijos de la naciente República, llamando particularmente la atención de aquel sorprendido auditorio, acerca del grave problema de la habitación salubre para el obrero; indicándole lo que para el saneamiento de una ciudad significan la pavimentación, el riego y el barrido de sus calles y plazas; haciéndole ver que las enfermedades transmisibles no son plagas sociales irremediables, pues se cuenta con suficientes elementos científicos para combatir las, dependiendo el triunfo definitivo tan sólo de la cooperación individual. La sorpresa de esos oyentes debe haber llegado al colmo cuando se enteraron de que México puede ya cerrar herméticamente sus puertas y puertos á todas las grandes epide-

mias. De hoy en lo adelante el cólera respetará nuestras fronteras. Prueba hemos dado recientemente de que la peste bubónica, si como contrabandista puede burlar la vigilancia de alguna de nuestras aduanas, presto la Policía Sanitaria da de ella buena cuenta.

Un país nuevo necesita abrir sus fronteras á los extraños elementos de prosperidad y trabajo. Los llamados miasmas deletéreos de nuestras costas, condensábanse en muralla china, deteniendo la vivificadora corriente de inmigración. Tras la densa muralla reinaba, como tirano, el dragón amarillo, y su espectro, agigantado por el espejismo de la leyenda, desviaba la proa de las naves portadoras de las rebosantes fuerzas europeas, que deseaban enriquecerse y enriquecer nuestro privilegiado suelo. El dragón ha sido domado; ya se esfumó el fantasma. Los vencedores merecen lugar de honor en las huestes del patriotismo nacional.

Un país como el nuestro, con sus principales elementos de vitalidad degenerados por supersticiones atávicas que los orgullos de raza han mantenido, necesita también que un grupo de hombres abnegados le transforme en vigorosos á esos débiles elementos; regenere físicamente á la gran masa del pueblo, y prepare así el terreno á la brillante pléyade de los regeneradores de la intelectualidad, que hoy salen de nuestras escuelas normales en haces de espíritus, heraldos pacíficos de la buena nueva. Todas nuestras legiones y brigadas militares deben pasar á la reserva; legiones de maestros y brigadas sanitarias en plena actividad es lo que la patria reclama.

La grandiosa obra de regeneración, física primero, intelectual después, forzoso era iniciarla por los retoños de la raza injustamente abandonada; el interés nacional exigía sanear el cuerpo de los parvulillos indígenas, preparándolos así al saneamiento mental, obra predilecta de los cimentadores del porvenir. La exigencia se impuso y el Servicio Higiénico Escolar vino á llenar un vacío que asombra haya existido durante tanto tiempo. Institución vaga, sin atribuciones bien determinadas durante su período inicial, está hoy ya encauzada por los útiles excesos de actividad ansiosa que su Jefe, Dr. Uribe y Troncoso, ha dedicado al bien de miles de futuros ciudadanos moralmente huérfanos. Un grupo de médicos consagra sus energías á la consecución de

este saneamiento infantil preparatorio, valorizado y divulgado por el Dr. González Urueña en la cátedra popular que el Consejo estableció durante el mes del Centenario, donde se dieron á conocer los más distinguidos componentes de las activas brigadas sanitarias que, repito, la patria reclama.

Del Cuerpo Médico Sanitario nacen las ideas y los principios profilácticos, fecundadores más que el "creced y multiplicaos" del Arquitecto Universal; pero estas ideas y principios, magños á veces, requieren para llevarlos á la práctica el concurso de otros profesionistas cuyo mérito más saliente es el de poder ayudar á los médicos en sus humanitarias tareas. Las obras de estos selectos colaboradores, que alineando unas cuantas cifras, capaces son de vitalizar á un pueblo, explenden en nuestros parques y espacios libres, que oxigenan múltiples barriadas de obremos; en los sistemas de alcantarillado, que libran al mísero mortal del letal influjo de sus propias inmundicias, y, sobre todo, en la captación de las aguas errantes, que nuestra población necesita para lavarse de su pecado original: la suciedad. Hace algún tiempo escribía lamentándome: "Los habitantes de nuestra metrópoli son diezmados por el tifo, porque son sucios..... Pronto tendremos agua y esperamos verla correr en abundancia por los cuerpos humanos, por las letrinas de nuestras casas de vencidad, nefastas para el proletario ciudadano, y por las alcantarillas de esta hermosa capital, que hoy lanzan por sus *coladeras* efluvios nauseosos y hálitos de muerte. ¡Feliz México con agua para beber y para bañarse!....." Ya tenemos agua; ya ésta puede reblandecer las costras grises que señalan á los candidatos al tabardillo; ya las letrinas comunes no amenazarán las vidas de nuestros proletarios; ya las *coladeras*, sin hálitos ni efluvios malsanos, sólo dejarán oír murmullos de aguas corrientes, cristalinas é inofensivas; ya el México de *guarache* y calzón blanco podrá bañarse semanalmente y preferir el agua limpia al aguamiel. Firmemente creo, sin temor de exagerar, que este es el más valioso don que el Gobierno ha hecho al pueblo durante las solemnes fiestas septembrinas.

Si nuestro pueblo se baña con frecuencia en el curso de su segundo siglo; si escoge como base de su alimentación las carnes y la leche que vengan de las matanzas y de los establos modelos descritos en la 4ª Conferencia Higiénica encomendada al

Sr. Prof. D. José de la Luz Gómez; si come y bebe de lo que expendan en las tiendas y mercados sometidos á la vigilancia de que nos habló otro ilustrado conferencista del Consejo, el Sr. Prof. D. José Donaciano Morales, ese pueblo acudirá más compacto, más alegre y regocijado, á las fiestas de nuestro segundo Centenario.

*
* *

Notables han sido los progresos del primer siglo en la ciencia que evita las enfermedades. No despreciables son también los alcanzados en la ciencia de curarlas. La medicina y la cirugía nacionales han dado pasos gigantescos. Sus conquistas figuran dignamente en la Exposición presentada al público en la Escuela N. de Medicina. Allí, desde los más simples hasta los más complicados instrumentos que el cirujano esgrime en su noble lucha contra la muerte, creados ó modificados por el ingenio de nuestros compatriotas; allí, los productos terapéuticos hábilmente extraídos de nuestra flora succulenta; allí, las más valiosas publicaciones de nuestra literatura médica, simbolizando cada una un esfuerzo, una actividad cerebral, un bien común, ejemplares todos que dan fe de que en las aulas que formaron á esas generaciones de ilustres colegas, se cumplió con el deber, se honró á la Patria.

En los últimos años el Gobierno ha puesto en manos de competentes profesores, todos los elementos requeridos para la experimentación médica moderna. Esperamos aún los resultados definitivos, los únicos que al gran público se dan á conocer, pero los iniciados sabemos ya que en esos laboratorios la ciencia biológica tiene apóstoles convencidos, que bregan incansables y aspiran á la gloria "de encontrar los secretos de la vida en los arcanos mismos de la muerte," como dijera el ilustre vate campechano Dr. Joaquín Blengio.

En México seguimos ávidos el raudo vuelo de la ciencia médica mundial hacia el firmamento de la verdad, pero no con la mirada vaga del espectador indiferente, sino armados con el potente y límpido telescopio que critica, comprueba y selecciona. No somos serviles imitadores ni propagandistas ciegos del "magister dixit" que el cable ó el correo nos traen de allende

el Atlántico. Nuestros crisoles funcionan con actividad sabia y prudente.

Aparentemente hermoso sería que al festejar nuestra emancipación política, festejáramos también nuestra emancipación científica; mas, siendo la ciencia única y universal, sus manifestaciones no reconocen fronteras; para sus conquistadores no lanzamos gritos de insurrección; no hay cadalsos sino monumentos de gratitud para los sabios interventores que vienen á ayudarnos á vencer la peste endémica que asola á nuestro pueblo. Nos hemos emancipado de la rutina, y esta emancipación es digna de la epopeya.

¿Qué papel ha desempeñado nuestra Academia N. de Medicina, durante su existencia de más de medio siglo, en la evolución médica progresista que á grandes rasgos acabo de reseñar? Pocas palabras bastarán para ponerlo de relieve. No se ha resuelto un solo problema de salubridad pública, no se ha dado un solo paso útil en el avance hacia el perfeccionamiento en el arte de curar, sin que esta Corporación no los haya estudiado, analizado, reformado con frecuencia, iniciado á veces. Ella posee los más poderosos telescopios de que hablaba hace un momento; sus crisoles ensayan y purifican, si es preciso, el "magister dixit" trasatlántico. Por último, en sus asambleas se han escuchado las voces de los padres de la medicina nacional, casi todos sacerdotes de sublime caridad, paladines los más de la ciencia consoladora; y hoy, á pesar de que alguna excepción venga á confirmar la regla, sus sillones están ocupados por lo más conspicuo de la intelectualidad médica nacional.

*
* *

Quizás la fatiga adormezca ya la atención de mis ilustrados oyentes, y me apercibo de que aún no he pretendido hacer vibrar la cuerda patriótica; no he encontrado el punto de contacto entre la árida ciencia y el épico canto que ha repercutido durante un mes por todos los ámbitos del territorio. Tengo que ensayarlo tímidamente, porque esa es la misión que la benevolencia de mis colegas me ha encomendado.

La cuerda patriótica está todavía en su máximo de tensión, y sin embargo no vibra al pulsarla con pálidos recuerdos de si-

lenciosos sacrificios profesionales en aras del adelantamiento de la nueva Patria. En circunstancias como éstas, todos formamos parte de la multitud, y las multitudes no son sacudidas ni entusiasmadas por los héroes de la ciencia ó de la paz. Nuestro Gran Pacificador es aclamado por el pueblo, su nombre inspira á las masas veneración y respeto, su presencia electriza á las muchedumbres, no porque sea el estadista insigne que con mano vigorosa trazara los contornos de la nación mexicana en el planisferio de la civilización, sino porque su marcial figura de enhiesto octogenario, sus galones, penachos y cruces de honor, nos recuerdan al héroe del 2 de Abril, al soldado valeroso y vencedor en cien combates.

¿Qué heroísmos médicos marcaron con sello memorable la evolución mexicana hacia el progreso, de Cortés á Hidalgo, de Hidalgo á Juárez, de Juárez á Díaz? Los venerables archivos que tan elocuentes fueron cuando se les interrogó acerca de los méritos puramente profesionales de los grandes galenos de nuestro primer siglo, sigilosos enmudecen ante la indiscreción de quien pretenda divulgar las épicas hazañas de los iniciados en el arte de curar, que vertieron sus bálsamos primitivos en las heridas causadas por los "rayos de los hombres blancos y barbados;" de los que restañaron durante diez años, en los campos de la insurrección, la sangre preciosa de las abnegadas turbas redentoras; de quienes aliviaron los postreros instantes de los vencidos del 47, y devolvieron al campo del deber á los que con valor y constancia habían de aplastar aquella efímera corona que forjara el desvarío de Napoleón el Pequeño.

Nuestras guerras fratricidas semillero han de haber sido de esas heroicidades profesionales no citadas en ninguna orden del día, nacidas en nobles pechos jamás constelados por cruces y medallas; antes, voluntarios del humanitarismo y oficiando en medio de los peligros del bárbaro combate sin tregua ni cuartel; hoy, veteranos de la misión excelsa, únicos representantes de la civilización en sus treguas guerreras, inmolándose también, aunque un brazalete blanco y una cruz roja les sirva de frágil *noli me tangere*. Múltiples serán las hazañas olvidadas de médicos que han trocado, en momentos críticos para la causa de nuestras libertades y reformas, el bisturí y las pinzas hemostáticas por el machete y el fusil. La patria todavía se enluta cuan-

do un triste aniversario le hace recordar á los jóvenes alumnos de medicina, quienes sin más delito que haberse adelantado á cumplir con los deberes del sacerdocio cuya investidura esperaban, fueron sacrificados por el desenfreno de la pasión reaccionaria.

No debemos perturbar la paz de estos héroes anónimos, ó cuyos nombres sólo pronunciamos con santo recogimiento los hermanos admiradores de esas virtudes que el silencio enaltece. Cubrámoslos con la impenetrable loza del secreto profesional.

Concluyo con la certeza de haber defraudado las esperanzas de la H. Corporación que inmerecidamente acabo de representar; pero pretendo que de mis escarceos en el para mí desconocido campo de la vanagloria profesional, queden en pie las siguientes afirmaciones:

Los pobladores de este retazo del continente descubierto por Colón; los conquistados por Hernán Cortés, libertados por Hidalgo, reformados por Juárez y pacificados por Díaz, esperan ser regenerados por el médico y por el maestro de escuela. Catorce millones de mexicanos piden que se les enseñe á leer en una cartilla de higiene.

He dicho,

DR. E. LAVALLE CARVAJAL.